Gema Bonnín
Lo que el Bosque esconde
CROSS BOOKS

Lo que el bosque esconde

Gema Bonnín

CROSS BOOKS

Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Gema Bonnín Sánchez, 2018
© de la imagen de cubierta, Esgalor
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-08-18205-4
Depósito legal: B. 471-2018
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Que habla de lo que sucedió en un pasado lejano y de cómo empezó todo

Gritos enloquecidos rasgaban el aire.

Atados a un poste, los tres condenados agonizaban entre las llamas que consumían la pira sobre la que permanecían retenidos.

Los habitantes de Alto Espejo estaban más que acostumbrados a espectáculos como aquel, pero no dejaban de sentirse atraídos por ellos, por lo que la plaza de la ciudad estaba repleta de gente que, embelesada, contemplaba cómo aquellos criminales ardían hasta morir.

Pocos se sentían conmovidos u horrorizados por el cruel y despiadado destino que esos pobres desgraciados estaban sufriendo en sus carnes. Eran hechiceros, brujos; no merecían otra cosa.

Rodian era un reino muy estricto en lo referente al trato con los practicantes de magia de cualquier índole. No eran bien recibidos y, por supuesto, su existencia resultaba intolerable. Los acusados de hechicería estaban abocados a morir en la hoguera, como mandaban la tradición y las leyes de Dios.

Tanto en Alto Espejo como en Alnair, la capital del reino, eran muy comunes las ejecuciones múltiples. Los presos aguardaban en los calabozos hasta que hubiera un número considerable de brujos a los que quemar. Entonces todos ardían simultáneamente en sus respectivas piras, colocadas concienzudamente en la plaza de la Justicia.

Aquel día eran tres: dos mujeres y un hombre. Ellas eran relativamente jóvenes; él, en cambio, un anciano.

Maoran, un joven de dieciocho años, observaba con detenimiento cómo los cuerpos en llamas se retorcían de dolor. No era una imagen agradable, pero, por algún motivo que desconocía, era incapaz de apartar la vista. La gente empezaba a retroceder un poco, pues el calor que irradiaban las hogueras amenazaba con tornarse insoportable.

Maoran no se movió. Él presenciaba la ejecución desde una esqui-

na, lejos de la marabunta de ciudadanos que se apiñaban para no perder detalle. Había encontrado una zona elevada desde la que podía ver lo esencial.

Cuando los ajusticiados se asfixiaron o perdieron el conocimiento por el insoportable dolor de la carne abrasada, Maoran sintió cómo su corazón se encogía.

De pronto, una voz grave retumbó en su tímpano.

—Terrible, ¿verdad?

El muchacho dio un respingo, sobresaltado. Se volvió de inmediato para ver quién lo había importunado, y se encontró con un maduro rostro encapuchado y unos ojos claros que lo miraban centelleantes.

Tragó saliva antes de contestar con la prudencia que consideró adecuada.

—Han obtenido su merecido.

El desconocido alzó una ceja, escéptico.

—¿Tú crees? Solo uno de ellos poseía el don de la magia. Los otros dos han muerto porque alguien los acusó y ciertas circunstancias jugaron en su contra, pero solo la jovencita del cabello rizado era una hechicera de verdad.

Maoran entornó los ojos, mirando a su interlocutor.

—¿Cómo podéis saber algo así? ¿Erais amigos? ¿Acaso sois un mago vos también?

—Sí, muchacho, igual que tú.

Maoran notó cómo la sangre le huía del rostro. Mantuvo la compostura y dijo:

—Os equivocáis, señor. No soy más que un ciudadano corriente.

—Mientes bien, pero eso no te servirá conmigo. Sé lo que eres y cuán poderoso puedes llegar a ser.

Aquel individuo parecía estar muy seguro de lo que decía. A pesar de que Maoran se mantenía firme y no mostraba nerviosismo, en los ojos de aquel extraño no había atisbo de duda. Nada de lo que le dijera el joven iba a hacerle cambiar de opinión, pero Maoran no quería verse mezclado en nada que tuviera que ver con la magia, precisamente porque aquel tipo tenía razón.

Maoran disfrutaba experimentando con sus poderes en solitario, lejos de miradas indiscretas. Pero no deseaba morir por ello.

Se aclaró la garganta.

—Si seguís conjeturando y acusando sin fundamento me veré obligado a llamar al alguacil.

El hombre curvó sus labios en una media sonrisa.

—Oh, no lo creo. No te conviene nada estar en el punto de mira de la justicia, ¿verdad, Maoran? Siempre has tratado de pasar desapercibido, cosa comprensible teniendo en cuenta tu condición de hechicero. Pero no deberíamos hablar de esto aquí.

Sabía su nombre. Aquello estaba adquiriendo un cariz muy delicado.

—No, no deberíamos.

—Sígueme.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque sé que odias ver cómo mueren inocentes por algo que ni hemos elegido ni es malo. Intento cambiar eso. Como ya te he dicho, yo también soy mago y estamos en el mismo bando. No soy tu enemigo.

Maoran se removió, incómodo.

La parte más racional de su cerebro le gritaba que le diera la espalda a aquel individuo y se olvidara del asunto. Pero su corazón... Su corazón le recordaba lo harto que estaba de tener que esconderse, de tener que huir y de sentirse como un monstruo y un criminal por algo que, tal y como su acompañante acababa de decir, no había escogido, sino que formaba parte de su naturaleza y de sí mismo.

Suspiró.

—Muy bien, os acompaño. Pero si no me interesa lo que sea que vayáis a decirme, me iré.

—Hecho.

Caminaron en silencio por las ensortijadas y variopintas calles de Alto Espejo hasta llegar a un barrio de dudosa reputación cuyos residentes se ganaban la vida de forma poco lícita o moralmente cuestionable.

Se adentraron en el interior de una taberna llamada La Guarida del Cazador y buscaron asiento junto a una mesa apartada del resto. Pidieron hipocrás y aguamiel para calmar su sed.

—Me llamo Euplectes Camoriat, por cierto —dijo el extraño.

Maoran, cuyos labios rozaban el borde de la jarra, se quedó petrificado ante la mención de ese nombre.

—He oído hablar de vos —susurró.

Claro que había oído hablar de él. Euplectes Camoriat era un hombre conocido por todos. De joven había hecho fortuna como comerciante hasta que contrajo matrimonio con la hija de un noble caído en desgracia. Heredó un castillo a las afueras de la ciudad y el título nobiliario de conde. El blasón de su familia era muy reconocible por ser bastante extraño: una historiada pluma anaranjada sobre un fondo oscuro.

Las personalidades más influyentes y prominentes de la ciudad re-

currían a él para pedirle apoyo o ayuda. Se decía que incluso la familia real le debía algún favor. Sin embargo, ahora hacía un par de años que no se sabía nada de él.

Maoran estudió disimuladamente la túnica marrón que ocultaba su figura, y supuso que bajo aquel andrajo había prendas caras y lujosas propias de alguien de su rango.

A no ser, claro, que le estuviera mintiendo.

«No —se dijo—, no miente.» Tenía una corazonada.

Curiosamente, nunca se había parado a pensar en que alguien de su alcurnia también pudiera ser un hechicero.

—Sí, ya lo imaginaba —repuso—, pero no estaba completamente seguro. Después de todo, no suelo codearme con plebeyos.

—Comprendo.

—Pero me da igual si eres de origen humilde o no, muchacho, porque tienes algo que me interesa.

Maoran enarcó una ceja, intrigado.

—¿Y de qué se trata?

—De tus poderes, por supuesto.

—¿En qué pueden serviros a vos mis supuestos poderes?

Se negaba a reconocer abiertamente que era un mago.

—Pretendo derrocar al rey y hacer que la magia deje de estar perseguida.

Ante aquella declaración, Maoran casi se atragantó con su bebida.

—¿Cómo decís?

—Ya lo has oído. No me digas que no te seduce la idea, muchacho. Trabajas más de diez horas diarias en la carpintería bajo las órdenes de ese necio que tienes por maestro solo para mantener a un padre que se emborracha todas las noches.

—Está pasando una mala racha.

—Una racha que ya dura unos años, muchacho.

Sí, concretamente tres. El joven se sentía alarmado. La idea de que alguien como Euplectes conociera tantos detalles de su vida le parecía algo por lo que preocuparse.

—¿Cómo sabéis tanto de mí?

—Mis poderes me permiten hacer muchas cosas. Entre ellas, vigilarte desde la lejanía.

—¿Vigilarme?

—Quería investigar un poco. Me interesa conocer bien a quién recluto.

Aquello sonaba a locura. Maoran cabeceó enérgicamente.

—¿Reclutar? No, no quiero participar en...

—Chico, encontraré a los mejores magos de Rodian y los pondré de mi lado. De hecho, ya cuento con el apoyo de bastantes de ellos. Juntos podremos derrocar al rey y liberar a todos aquellos que, como tú y como yo, son perseguidos como vulgares criminales. ¿No es eso lo que quieres? ¿Prefieres resignarte a una vida de pavor, secretos, huidas y un oficio demasiado mediocre para alguien como tú?

Las palabras de Euplectes hicieron reaccionar a Maoran. No le gustaba la carpintería; si estaba dedicándose a ella era porque su maestro, al no tener hijos, precisaba de aprendices, y cuando se puso a buscarlos Maoran tenía la edad y las habilidades adecuadas. El muchacho no lo dudó, pues necesitaba dinero y una estabilidad que en su casa no tenía. Su madre había muerto cuando él era muy pequeño y su padre mantuvo el tipo hasta hacía tres inviernos, cuando se abandonó a la bebida.

Maoran descubrió su capacidad para hacer magia cuando era solo un niño de doce años y desde entonces siempre había vivido con miedo, consciente en el fondo de que podía hacer mucho más que lo que estaba haciendo.

Se mordió la mejilla por dentro, tal y como solía hacer cuando se encontraba frente a situaciones complejas.

—Maoran, sé que eres un joven inteligente. Tienes algo grandioso que ofrecerle al mundo. No quieras tirar eso por la borda.

—Está bien —dijo de pronto, sin que sus palabras fueran procesadas primero—, colaboraré con vos. Pero prometedme que evitaremos riesgos innecesarios.

—No debes preocuparte por eso. Todas las prácticas que puedan ser peligrosas tendrán lugar en mi castillo. No sé si lo sabes, pero está a las afueras de la ciudad...

—Sí, lo sé.

—Bien. Eso nos confiere cierta ventaja.

Maoran asintió y estrecharon sus manos.

Así pues, volvieron a reunirse al anochecer del día siguiente y Euplectes llevó a Maoran a su castillo. Una vez allí, lo condujo hasta un sótano donde ya aguardaban otros adeptos para así poder debatir y ser ellos mismos sin que nadie los importunara, pues en las estancias superiores del castillo habitaban tanto los sirvientes como los hijos del conde.

En total eran nueve. Euplectes les explicó que estaba en busca de alguien más, con poderes considerables y la voluntad necesaria para formar parte de aquella peculiar compañía de magos.

Lo que deseaba con todas sus fuerzas era dar a todos los hechiceros el respeto y la dignidad que merecían. Llevaban siglos siendo perseguidos, cazados. Si bien era cierto que algunos de ellos se aprovechaban de sus habilidades para hacer el mal, no todos seguían esa senda. No tenían por qué pagar justos por pecadores.

Euplectes poseía una oratoria envidiable, y si alguno de sus aprendices se había sumergido en aquella empresa sin estar del todo convencido de lo que pretendían hacer, los discursos del conde pronto cambiaron eso.

Y no solo los convenció con palabras, sino también con demostraciones de magia. Euplectes había desarrollado un inmenso poder y su técnica era impecable. De hecho, muchos de los allí presentes ignoraban que pudiera aplicarse algún tipo de técnica en aquel arte tan arcaico y misterioso, pero así era.

—La magia, como todos los dones, debe cultivarse y trabajarse —solía decir el maestro.

Maoran estaba fascinado con todo lo que aprendía en aquellas reuniones clandestinas. Siempre intuyó que la magia era algo muy complejo y grandioso, pero nunca imaginó que pudiera ampliar su mundo de la manera en que lo estaba haciendo. Había tantas posibilidades... Tuvo la sensación de que nada era imposible.

No todos los hechiceros podían soñar con grandes hazañas, pero él... él tenía mucho potencial. Notaba la magia recorriendo sus venas e impregnando su sangre. En sus manifestaciones más puras, Maoran se sentía invencible. Pero no dejaban de ser meras sensaciones. Necesitaba consolidar todo ese poder, ponerlo en práctica, trabajarlo.

Una tarde, al abandonar el castillo de su maestro junto con un par de compañeros, vio algo que hizo que se olvidase de todo lo demás; algo tan magnífico y hermoso que ridiculizaba la magia en todos los sentidos.

La vio bajando grácilmente una escalera que daba al patio interior. Había oído hablar de ella, pero nunca la había visto... hasta ese momento.

Prelys Camoriat, la hija de Euplectes.

Su rostro blanco estaba enmarcado por unos rizos pelirrojos y perfectos, y sus ojos oscuros presentaban un brillo especial y fabuloso, como si hubiera dos estrellas atrapadas en sus pupilas. Su cuerpo hacía gala de unas sinuosas y redondeadas curvas que sugerían buena salud.

Al ser una adolescente todavía, sus rasgos podían parecer pueriles, pero eso, a ojos de Maoran, la hacía más bella todavía.

La amó al instante.

Y el destino quiso que ella le correspondiera.

No tardaron en planear encuentros secretos, en los cuales descubrieron todas sus facetas y se dieron cuenta de que sus sentimientos eran reales, de que no se habían enamorado de una fachada, sino que amaban el interior del otro.

Un día, Maoran le robó un beso y ella quiso recuperarlo, sorprendiéndolo con el beso más apasionado que el joven había recibido nunca. Ambos tuvieron la certeza de que nada en el mundo superaría aquellos momentos que pasaban juntos.

Llegaron a un punto en el que Maoran se las ingeniaba para colarse en la alcoba de su enamorada y pasar con ella la noche.

El joven trabajaba por las mañanas, iba al castillo del conde por las tardes y llegaba a su casa de madrugada, cuando su padre todavía no había salido de la taberna o, si lo había hecho, se limitaba a dejarse caer en cualquier parte de la casa y dormir o, en ocasiones, sollozar, pero Maoran prefería no preguntar. Al fin y al cabo estaba borracho, y en su estado era normal que emociones injustificadas lo desbordaran. O eso quería pensar.

El trabajo empezó a dejar de importarle y la magia pasó a un segundo plano. Solo Prelys ocupaba su mente.

La quería, la amaba. No concebía el mundo sin ella.

Y eso lo asustaba.

¿Qué ocurriría cuando uno de los dos muriera? Significaría el final, la separación definitiva. Aquella idea lo atormentaba profundamente. Deseaba estar con ella siempre.

Y con «siempre» quería decir eternamente, no hasta que una de sus vidas se apagara. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Podía la magia ayudarlo a conseguir algo así? Lo desconocía. No deseaba preguntarle a Euplectes, porque entonces él querría saber su motivación y Maoran no estaba dispuesto a compartir sus pensamientos con nadie, y mucho menos si estos incluían a Prelys.

Intuía que la magia podía ayudarlo a conseguir lo que ansiaba o, como mínimo, acercarlo a su objetivo. Tal perspectiva le hizo recobrar su interés por la magia, e incluso lo intensificó.

Necesitaba ser el mejor.

Las sesiones de aprendizaje continuaban cada tarde con Euplectes como maestro. Él deseaba que sus adeptos estuvieran más que preparados, porque, en un futuro no muy lejano, tendrían que enfrentarse al resto del mundo para defender sus derechos.

Todos trabajaban teniendo esa idea en mente: derrocar al actual so-

berano y hacer de Rodian un reino más justo para todos, un lugar donde los suyos pudieran ser libres. Ser ellos mismos.

Maoran, en cambio, pensaba más en sí mismo y en lo que sería capaz de hacer que en luchar por los demás.

Aquellas ideas lo perturbaban, pues eran egoístas y contraproducentes. Pero estaban ahí y no podía sacárselas de la cabeza.

Se estaba volviendo ambicioso.

Compartía la voluntad de sus compañeros y su maestro, pero no con el ímpetu que debería.

A nadie le confesó la naturaleza de las aspiraciones que empezaban a apoderarse de él.

Ni siquiera a Prelys.